

Mensaje de Adviento 2023 para la familia Institución Teresiana

*Que tu Espíritu de Sabiduría nos ayude a acoger tu gracia,
haciéndonos testigos de fortaleza y amor*

Un saludo entrañable en este tiempo de Adviento en el que, con toda la Iglesia, nos preparamos para recibir y acoger al Dios-con-nosotros en nuestro aquí y ahora: “por la entrañable misericordia de nuestro Dios, nos visitará el sol que viene de lo alto para iluminar nuestros pasos por el camino de la paz” (Lc 1,78). Su visita, siempre liberadora y salvadora, expresión concreta de su proximidad y cuidado solícito, de su consuelo y su misericordia, aviva en nosotros el deseo de su Presencia y acrecienta la esperanza de que podemos ser hoy mediación suya que *repara las brechas y restaura los senderos frecuentados* (Is 58,11-12), alumbrando caminos nuevos de interdependencia y solidaridad renovada.

El Adviento, tiempo de espera y esperanza, nos invita a mirar la realidad de nuestro mundo invocándole con el grito que las primeras comunidades le dirigían ante la inminente venida del Señor: **¡Maranatha! ¡Ven Señor Jesús!** (1Cor 16,22; Ap 22,20). También nosotros como pueblo Institución Teresiana deseamos que Él venga, porque tenemos la certeza de que ya ha venido y está con nosotros hasta el fin del mundo (Mt 28,20).



Oh Raíz, Hna. Ansgar Holmberg (de la serie Antifonas de la O)

Decirle “ven” es hacerle presente nuestra necesidad de Él, expresarle que nuestra tierra anhela la lluvia de su amor, de su gracia, de Él mismo...

Decirle “ven” es hacernos eco de sus promesas, que le creemos en esas promesas y las acogemos.

Decirle “ven” es entrar en el dinamismo de su Esperanza que no defrauda y que nos implica y co-implica con los hombres y mujeres con quienes caminamos cotidianamente.

Queremos en este tiempo de Adviento mirar juntos las realidades de nuestro mundo sin ceder a la tentación de la desesperanza, sintiendo la fuerza que de Dios viene para resistir al mal sin perder la paciencia y la confianza en el futuro, para no quedar atrapados en el dolor y mostrar con signos y gestos pequeños y cotidianos que es posible, con otros y otras, abrir caminos a la vida. Nos sobrecogen los rostros de hombres y mujeres, niños y ancianos, enfermos y sanos, sacudidos por la violencia de la guerra, crece nuestra preocupación por las condiciones de millones de personas que en estos años han caído debajo del umbral de la pobreza por la confluencia de múltiples crisis: pandemia de covid-19, conflictos armados, desastres naturales y aumento del precio de los alimentos, crisis de la vivienda y convulsiones y enfrentamientos sociales.

La esperanza se pone a prueba especialmente en estos tiempos de crisis. Son muchas las situaciones cercanas y conocidas que podemos traer al corazón y a la memoria y que pueden conducirnos a vivir afligidos, como si no tuviéramos esperanza, esa que arraiga en el amor inquebrantable de Dios a la humanidad (1 Tes 4,13). Nada de lo humano nos es indiferente. Somos parte de la familia humana que espera anhelante una nueva creación. Somos un “nosotros” con la humanidad entera, estamos en la misma barca, “frágiles y desorientados”¹, y nos necesitamos. No hay más futuro que aquel que seamos capaces de alcanzar con los otros y para los otros. La esperanza solo es verdadera cuando es co-esperanza.

Iniciamos la andadura del Adviento con la invitación a cultivar una atención alerta y a vivir con los ojos abiertos, a avivar nuestra sensibilidad para descubrir y secundar la vida nueva de Dios que se va abriendo paso. Las heridas abiertas de la humanidad nos provocan de nuevo en este tiempo a movilizar nuestras energías; nos confirman en la convicción de que *somos un pueblo en salida, llamado a compartir el carisma, desde un modo de vivir que brota del fondo del ser y se transparenta en una manera profética de estar y actuar, al estilo de los primeros cristianos y a la luz de la Palabra y de los signos de los tiempos*².

Escuchamos la voz del profeta Isaías que hoy resuena con fuerza: “En el desierto preparad un camino al Señor; allanad en la estepa una calzada para nuestro Dios; que los valles se levanten, que montes y colinas se abajen, que lo torcido se enderece y lo escabroso se nivele; y se revelará la gloria del Señor y la verán todos los hombres juntos. Ha hablado la boca del Señor” (Is 40,3-5). Somos enviados como pueblo a suscitar y contagiar esperanza desde la honda experiencia de que Dios se compadece de todos porque todo lo puede (Sb 11,23).

Este tiempo de preparación para recibir al que “puso su morada entre nosotros” (Jn 1,14) y habitó nuestra fragilidad y nuestra intemperie, nos recuerda que Dios tiene esperanza en nosotros, tiene fe en el mundo, que es obra de su amor. No se cansa de confiar en nosotros, cuenta con nuestra colaboración concreta, nos confía una misión. Es tiempo para dejar resonar una vez más la llamada que recibimos en la XIX Asamblea General a ser comunidades³:

- Comprometidas con los desafíos del mundo, con una solidaridad renovada
- Cuidadoras y defensoras de la dignidad de cada persona y la casa común
- Tejedoras de fraternidad y comunión en la diversidad
- Artesanas de la paz

¹ Francisco, Momento extraordinario de oración en tiempos de pandemia, 27 de marzo de 2020.

² Prioridad de la XIX Asamblea General de la Institución Teresiana.

³ Prioridad de la XIX Asamblea General de la Institución Teresiana.

El tiempo de Adviento es una oportunidad para preguntarnos qué obras hablan con elocuencia de lo que somos y decimos desear y vivir⁴. ¿Qué itinerancias personales y comunitarias nos están poniendo en condiciones de *recibir al otro(s), a la otra(s)* quedando afectados por su realidad, y responder curando, cuidando, sosteniendo, amparando, ofreciendo hospitalidad? ¿Cómo alentamos “un estilo de vida profético y contemplativo, capaz de gozar profundamente sin obsesionarse por el consumo”⁵? ¿Cómo somos artesanos que con creatividad y audacia favorecemos caminos de unidad en la diversidad, de reencuentro y reconciliación y nos ejercitamos en procesos de sanación y perdón⁶?

En este tiempo de Adviento nos invitamos a ofrecernos “círculos de escucha” en nuestras comunidades para compartir cómo vivimos la mística del “nosotros” y para alentar acciones cotidianas, actitudes y gestos de servicio, de fraternidad y diálogo que son expresión del amor benevolente de Dios a toda la humanidad y testimonio de vivir por Espíritu⁷.

Gregoria Ruiz - M^a Rita Martín - Carmen Aparicio - Berta Balaguer
Elisa Estévez - Lurdes Figueiral - Susana González

⁴ “Las obras sí, ellas son las que dan testimonio de nosotros y las que dicen con elocuencia incomparable quiénes somos”. Pedro Poveda, CpH [147] 1919.

⁵ Francisco, Encíclica Laudato si’, nº 222.

⁶ Francisco, Encíclica Fratelli tutti, nº FT 225.

⁷ Pedro Poveda, CpH [161] 1920.